

Que se pierde en un átomo invisible?
 ¡O del mortal orgullo incomprensible!
 Si de tu cuerpo y su oneroso peso
 Libre (plúguiese al cielo) en algun día
 En la mente divina el embeleso
 Dado te fuera ver de cuanto cria,
 Confundido notaras el exceso
 De tu crítica necia como impia:
 Al observar el orden y belleza
 Que encierra en cada ser naturaleza.
 Tal vez en lisa tabla hábrás notado
 Confusas líneas, ó mas bien borrónes,
 Que mil figuras forman de contado
 Sin orden y sin plan, ni relaciones:
 Todo informe aparece y embrollado
 De curvas y de mixtas á montónes:
 Sin que en todo el conjunto mas se vea,
 Que un caprichoso objeto sin idea.
 Mas si un cilindro en medio se eoloca
 En justa proporción y óptico punto,
 El la aparente confusion disloca,
 Haciendo de sus rasgos un conjunto:
 Su lisa superficie los convoca,
 Y formando ya un solo y fiel trasunto
 Salen de tan confuso hacinamiento
 La hermosura, el color y el movimiento.

CAPÍTULO IV.

El exámen de los sistemas de los libertinos sobre el origen del mal, es una prueba evidente del trastorno de su razon.

1. Los incrédulos, abandonando el dogma de la Religion sobre el origen del mal, siguen hipótesis las mas necias y repugnantes.

El sistema que nos enseña la Religion sobre el origen del mal no puede recusarse por un sano entendimiento; pues se funda en la evidencia de la existencia y perfecciones de Dios. Y estamos tan distantes de creer que nuestra rudeza en penetrar todas las razones y designios

del Moderador soberano sirva para hacer vacilar estos dogmas, que antes en el dictámen de los sabios admirablemente los establece y consolida. En efecto, ¿qué maravilla es que un entendimiento finito y limitado no comprenda todos los pensamientos de un Ser infinito? Sin embargo, parecerian dignos de alguna excusa los impíos en abandonar estos dogmas, y seria menos horrible el trastorno de su razon, si, para explicar los fenómenos y salir del embarazo de las dificultades que sobre este asunto exágeran, ofreciesen alguna hipótesis al menos plausible. Pero aquí puntualmente es en donde se echa de ver su obcecacion. Abandonado el partido á que se debe acomodar todo hombre sensato, se acogen á sistemas los mas absurdos y repugnantes, y los mas intrincados é incoherentes que se pueden concebir.

II. *Primera hipótesis. Se destruye por el mismo principio con que se establece.*

Sigámoslos en las hipótesis que se fingen. Algunos han pretendido cortar como héroes el nudo de un golpe. ¿Hay, dicen, tantos males físicos y morales en el mundo? Luego no hay un Dios sabio, infinito, bueno y omnipotente. Así han llegado algunos á discurrir sin el menor miramiento, y pienso no ir muy lejos de la verdad sospechando que á esto mismo se dirigen todos los amaños de nuestros Deístas, aunque un resto de pudor los contenga aun para no pronunciar abiertamente esta espantosa consecuencia. Pero oigan como discurre sobre el particular Santo Tomás de Aquino, y respondan, si saben como, á sus razones. « Boecio, dice el Santo¹, introduce » en el libro 1^o de *Consolatione* á un filósofo discurrendo y » razonando de este modo: Si hubiese Dios, ¿de dónde » habria venido el mal al mundo? — No es este el legítimo modo de discurrir, responde el santo Doctor: debiera ser al contrario, á saber: hay mal; luego hay Dios. » — ¿Cómo? — Porque no podria haber mal si no hubiese orden en el bien; pues en la privacion del bien » consiste el mal. Y este orden en el bien no lo habria si

1 Lib. 3, *Contra gentes*, cap. 71.



» no hubiese Dios. Luego si hay mal, hay Dios. » La demostracion es tan clara y tan precisa, que no necesita explicacion.

III. *Hipótesis de los dos Principios. No solo es falsa é imposible, sino inepta para explicar lo que se intenta.*

Pasemos á otro sistema de los libertinos. Este es el de los *dos Principios* que han tomado de los Maniqueos, y Bayle expone y engrandece altamente en su *Diccionario*. Supónganse, dicen, dos Principios coeternos y soberanos, uno esencialmente bueno, y otro esencialmente malo; que tengan dividido entre sí el imperio del universo. En el Principio bueno está el origen de todos los bienes y de todas las felicidades que hay sobre la tierra: en el malo se hallará la causa de todas las maldades y miserias; es decir, de los males así físicos como morales que infestan el mundo. ¿Podía fingirse error mas repugnante y mas disparatado? Entre mil medios que hay para confundirlo, discurramos así brevemente.

El Principio¹ que es *sumo mal* no debe tener nada bueno, así como el Principio que es *sumo bien* no puede tener en sí cosa mala. Siendo pues el mal una pura y simple privacion, un mal sumo será una privacion suma, que es lo mismo que decir, sumo nada. Y á este sumo nada ¿se le ensalzará á divinidad soberana, que tenga compartido el imperio del universo con el sumo y verdadero Dios? ¿Se dirá por ventura que este Principio malo es ciertamente un ser, un ente ó naturaleza, aunque corrompida y maligna por sus perversos designios y malignos afectos, como se dice del diablo, y que por eso es causa de todos los males? Pero fuera de que esa naturaleza no sería ya un sumo mal, añadido que es un ser y por consiguiente un bien, que aun en la hipótesis de los Maniqueos no puede proceder, sino del Principio bueno, causa y fuente de todo bien (porque si *existiese por sí misma*, sería necesariamente un ser perfectísimo como es Dios). Si procede

¹ Santo Tomás confuta en muchos lugares de sus obras los dos principios de los Maniqueos. Véase en particular el lib. 3, *Contra gentes*, cap. 15; y tambien desde el cap. 7 del mismo libro.

pues del Principio bueno, debe depender de él tanto en su ser como en sus operaciones. Luego el primer origen de todos los males que hay en el mundo, debería refundirse en el Principio bueno, el cual por medio de este Principio malo querrá ó permitirá que sean causados. Estas son demostraciones tan claras, que no admiten solución alguna, y desmienten juntamente las necias burlas de Bayle, quien, fingiendo una disputa entre Zoroastro, partidario de los dos Principios, y Meliso, que admitia uno solo, hace que el primero hable al segundo de este modo¹: *Tú me excedes en la belleza de las ideas y en las razones a priori* (porque el mismo Bayle confiesa que los argumentos tomados de la idea del Ser perfectísimo, cual es Dios, demuestran no menos la unidad que la repugnancia de otro Principio independiente y coeterno, como los Maniqueos fingian); « mas yo te excedo en las razones » *a posteriori*, y en la explicacion de los males físicos y » morales. Y supuesto que el carácter principal de un » buen sistema es el poder dar razon de las cosas que » vemos y experimentamos, sola la incapacidad de explicarlas es prueba de que una hipótesis no es buena, por » muy bella que aparezca: convengamos en que yo llevo » razon admitiendo dos Principios, y tú no aciertas admitiendo uno. » De este modo vende indignamente este filósofo la causa de la verdad y de la Religión. Pero su necio é impío razonamiento queda desmentido con las doctrinas explicadas. En efecto, nos lisonjamos de haber plenamente demostrado que por el sistema de un solo Principio se pueden explicar los fenómenos del mal físico y moral, hasta donde razonablemente puede pretender el entendimiento limitado y finito, cuando se trata de los procederes de un Ser infinito. Y además, si por confesion de los enemigos ese mismo sistema se dice ser verdadero *a priori*, ¿qué mas deseamos para admitirlo? Pero aun mas. El sistema de Zoroastro es falso *a priori*; es decir, que con razones intrínsecas y evidentes se demuestra ser imposible. Ahora bien, ¿en qué lógica estudió Bayle pueda admitirse un sistema, ni aun como hipó-

¹ *Diccion. crit.*, art. *Maniqueos*.

tesis, aunque explique felizmente los fenómenos, cuando se demuestra que es repugnante en sí mismo? No es necesario que la hipótesis sea verdadera, lo confieso; pero sí lo es que no sea imposible. Y tal lo es el sistema de los dos Principios. ¿Con qué vergüenza, pues, hace concluir Bayle á Zoroastro que admitiendo dos Principios acierta con la verdad, y no Meliso admitiendo uno solo? Esto bastaría para confundir al fautor de los Maniqueos. Pero adelantemos un poco mas. La hipótesis de Zoroastro, que por razones *a priori* se demuestra falsa, es además inútil para la ponderada explicacion de los fenómenos. Hélo aquí demostrado con toda evidencia. O este Principio malo es puro y sumo mal, ó es una naturaleza maligna y corrompida por su malicia. Si es puro y sumo mal, es un puro y sumo nada; y la nada ¿cómo será capaz de incitar á los hombres á la iniquidad, de trastornar los espíritus y los cuerpos; en una palabra, de causar todos los desórdenes que hay en el universo? La nada es nada. ¿Quién jamás oyó que pudiese tanto la nada? Si se dice que es una naturaleza perversa y corrompida, no puede menos de ser dependiente del Principio bueno de que necesariamente procede lo que tiene de bueno, cual es la naturaleza. Luego de aquel mismo Principio dependerá en sus operaciones; y por consiguiente todos los males físicos y morales que causare, deberán últimamente refundirse y depender del Principio bueno. De nada, pues, sirve la ficción del Principio malo para explicar los fenómenos, cuyo origen debería por fin reducirse del mismo modo que en nuestro sistema, al Principio bueno, que es el sumo y verdadero Dios. Y así deberá repetirse aquí lo que habia dicho ya Homero en la Odisea (v. 236):

Por eso envia alternativamente
Los bienes y los males á la tierra,
Jove que los dirige omnipotente.

Dejamos á un lado otras extrañas y enormísimas consecuencias que se infieren del sistema de los *dos Principios*, y que tambien *a posteriori* lo demuestran falso é insubsistente. Basta lo dicho hasta aquí para convencer á todos de la mala fe y superchería de Bayle, quien en

muchos lugares de sus obras procura hacer valer este impío sistema, que arruina por sus cimientos toda la Religion. En efecto él despoja á Dios del ser de Dios, quitándole la unidad: quita al hombre el ser de hombre, negándole la libertad, y haciéndole un agente necesario, y por consiguiente incapaz de virtud y de vicio, de mérito y de demérito, de castigo y de premio. Y sin embargo este tan impío sistema es el que Bayle promueve, y presenta con aire de triunfo, como si delante de él debiese callar la razon, y quedar la Religion confusa. Así en efecto se lo persuaden, seducidos de sus artificiosas declamaciones, los inexpertos é incautos lectores destituidos de doctrina y espíritu para penetrar sus sofismas. Sin embargo nos prometemos que todo hombre de juicio, con solo lo que queda dicho, podrá comprender, que solo un *trastorno de la razon* puede hacer abandone el sistema de la Religion en orden á la *Providencia* y al *Origen del mal*, por abrazar el *Dualismo* ó hipótesis de los *dos Principios*, repugnante en sí misma, é inútil para la explicacion de los fenómenos.

IV. *La hipótesis que niega á Dios la providencia repugna, y reincide en el Ateísmo. Vana idea que los Deístas forman de la Providencia. Idea justa y digna de Dios, que nos da la razon.*

Pero veamos ya el tercer partido á que se acogen otros enemigos de la Religion. Muchos de ellos, no queriendo, ó no atreviéndose á negar claramente la existencia de Dios como los primeros, ni admitir dos Principios sumos de todas las cosas, como los segundos, han tomado un camino medio, reconociendo, sí, un Ser supremo ó soberano; pero negando que se tomé algun cuidado de las cosas de este mundo. Es Dios muy grande, dicen, para atender á nosotros, y tomar algun empeño sobre las pequenezes del universo. Como que es un *Ser suficiente á sí mismo*, goza de una paz suma, sin que la malicia del hombre le indigne, ni sus ruegos le dobleguen. De aquí es que á los malos les suceden muchas cosas prósperas, y adversas á los buenos; lo que no sucedería si un Dios poderoso y justo cuidase de las vicisitudes humanas.

Por la misma razon se ve el mundo lleno de males físicos y morales, lo que no sucederia si todo dependiese de un provisor soberano. Dios, pues, separado de nosotros, no se cuida de nuestras cosas, goza de sí mismo en lo alto de los cielos, y en la tierra pasa todo segun la fuerza del acaso, del destino ó de la fortuna.

Este es el modo de pensar de los que propiamente se llaman *Deistas*, los cuales, si no son peores, no son en realidad menos ciegos y delirantes que los *Ateos* y los *Dualistas*; porque, en verdad, ¿qué Dios es el que estos hombres se figuran? No otro que el Dios de Epicuro, objeto de la risa de todos los sabios, y que Lucrecio describe de este modo (lib. 2, v. 645):

Pues por naturaleza á las deidades
Les es dado gozar en paz serena
Su propia eternidad, sin ansiedades
De esta morada frágil y terrena:
Ni el dolor ni el peligro las atacan;
Ricas por sí, de nadie necesitan;
Y así ni con los méritos se aplacan,
Ni en los humanos crímenes se irritan.

« Tú pues, ó Epicuro, graciosamente dice Séneca, has ces á tu Dios inerte. Le has quitado los dardos de la mano, le has despojado del poder, y para que ninguno le tema le has desterrado del Universo. ¿Qué razon podrá tener nadie para temer al que, rodeado de un muro inmenso é insuperable, y separado del contacto y vista de los mortales, no tiene medio alguno de premiar ni de castigar á los hombres? » Así Séneca. Y bien, pregunto yo, ¿qué otra cosa sino una prevaricacion de entendimiento podria reducir al hombre á abrazar semejantes ideas? ¿Y el sistema de la Religion, que estos filósofos incrédulos desprecian y abandonan, tiene alguna dificultad que pueda compararse con el inmenso cúmulo de contradicciones y repugnancias que se hallan en éste? Si á diferencia de los Ateístas confiesan un Dios, se sigue que admiten un Ser infinitamente perfecto, único y primer principio de todo, independiente, y de quien todo depende. El mundo es obra de sus manos; porque

1 Séneca, lib. 4, *De beneficiis*, cap. 18.

solo un artífice infinitamente sabio, é infinitamente poderoso, puede tener en sí la razon adecuada de esta gran máquina, y del orden admirable que en ella se ve. Luego este universo, y todas las cosas que hay en él, no teniendo en sí, ni aun por un solo momento, la razon suficiente de su existencia, de su movimiento, y de su propio ser (pues todas son contingentes, y no necesarias), necesitan que aquella soberana causa las conserve en todos los momentos de su existencia. A la manera que el vasto espacio del aire, siendo por su naturaleza obscuro, y recibiendo toda su luz de los benignos influjos del Sol, es necesario que el Sol en todos los instantes, ó con el movimiento centrifugo de sus rayos, ó con el influjo de la materia sutil, le conserve la claridad; de modo que si un solo instante se ocultase ó retirase su influjo, cualquiera que sea, volveria el aire á su natural obscuridad¹. Debiéndose, pues, extender indispensablemente la fuerza y la causalidad de aquel primer principio, que es Dios, hasta el último punto de todas las cosas; es decir, á todo ser, ó todo modo de ser, ¿qué pensamiento mas necio puede darse, ni mas repugnante á la razon, que el de un Deista, que por una parte profesa la existencia de Dios, y por otra niega que dependan de él todas las cosas, que ni por un solo momento sin él no pudieran existir ni moverse²? — Mas es Dios muy grande, dicen, para atender á cosas tan pequeñas: es muy feliz para cuidar de tantas, tan varias y desconcertadas cosas como hay en el mundo, que segun nuestro sentir se refieren á él. — Hé ahí la grande objecion, ó, diré mas bien, locura que se oye á veces de boca de algunos, y que con pomposa gravedad se halla en el prefacio al *Telliamed*, que mencionamos ya en otra ocasion. « Pretende este filósofo (me serviré de las palabras » de un doctísimo Obispo³ de Francia) haber visto en el » universo, y en cada uno de los globos de que se componen, un principio de vida, un espíritu vital, un gér-

1 Véase á Santo Tomás, 1 p., q. 8, art. 1 et 3.

2 Véase á Santo Tomás, 1 p., q. 22.

3 M. de Auxerre, *Instruc. past. sobre la verdad y santidad de la Religion*.

» men, en virtud del cual estos globos, despues de cierta
 » sucesion de tiempos, se reproducirán y renacerán de
 » si mismos, así como se conservan, sin que la potencia
 » de Dios intervenga para cosa alguna. El autor del pre-
 » facio, que se ve al frente de este *romance filosófico*,
 » pretende que en este sistema se descubre con mas es-
 » plendor, y de un modo mucho mas digno de Dios, la
 » Providencia; y con aire insolente preguntá: *Si se*
 » *piensa honrar al Criador sujetándole á un cuidado tan*
 » *pequeño para Dios, cual es la conservacion de este-Uni-*
 » *verso, y á tan penosas y continuas atenciones?* Palabras
 » impías, que copiamos con horror, y que nos dan una
 » ideal del Omnipotente, como de un hombre débil; á
 » quien cansa y fatiga la atencion de conservar y repo-
 » ner su obra, lo que en realidad es un verdadero ateis-
 » mo. » En efecto, este filósofo, y los referidos deístas;
 conciben á Dios como un Príncipe de la tierra, á quien
 la variedad de los negocios tiene ocupado el pensamien-
 to, y distraido el corazon; que necesita muchas horas
 para atender á los diferentes negocios, ni puede tratar
 de ellos sin interrumpir la quietud, el ocio y las diver-
 siones. ¡Qué mayor extravagancia! Con respecto á la
 sabiduría infinita de Dios (que es Dios mismo), todo el
 Universo y todas las cosas y vicisitudes que hay en él no
 son mas que un punto. Desde la eternidad vió en sí
 mismo toda esta gran máquina entre las infinitas posi-
 bles, como en la idea ejemplar de todo¹: la eligió; y á
 la eficacia de aquella eterna y simplicísima voluntad cor-
 respondió la existencia, la conservacion, la direccion,
 el movimiento, las variaciones, el suceso y fines tempó-
 rales ó eternos de todas las cosas. Acá en la tierra estas
 varian, pasan y se trastornan; pero Dios lo hizo y lo
 quiso todo con un simplicísimo acto, sin que en él *haya*
mutacion ni sombra de vicisitud; y por consiguiente sin
 que pueda alterarse un punto la suma y eterna paz y
 bienaventuranza que goza y halla en sí mismo. Esta es
 la idea que debé tener de Dios el que dice que le conoce.

¹ Tu cuncta superno

Ducis ab exemplo, pulchrum pulcherrimus ipse

Mundum mente gerens, similliqué in imagine formans.

Beet. l. 3, de Cons.

V. *Los males que hay en el mundo prueban la Providencia.*

Por lo que hace á los males que hay en el mundo, y
 de que los Deístas pretenden sacar argumento para sus-
 traerlo neciamente del gobierno de Dios, ya hemos ha-
 blado bastante, y demostrado cómo y en qué manera
 puede conciliarse su permission con los atributos de su-
 premo Gobernador. No obstante, para obligar á los Deís-
 tas á confesar la Providencia por esos mismos males,
 basta traer á la memoria el argumento de santo Tomás,
 de que ya hicimos mencion contra los Ateístas. Hay ma-
 les en el mundo; luego hay Providencia soberana que
 gobierna el mundo. En efecto, el mal no es ótra cosa
 que una privacion; ó un desconcierto en el órden del
 bien: este no le habria si no hubiese un Soberano orde-
 nador, fuente de todo bien, y la causa única del órden:
 luego si hay males en el mundo, es preciso que haya en
 el mundo un Ordenador y Provisor soberano.

VI. *Objecion tomada de la felicidad de los malos y de las desgracias de los buenos.*

Pero mayor confianza parece ponen en el otro ya in-
 dicado sofisma de la prosperidad de los malos y funestos
 sucesos de los buenos, lo que parece debia ser al con-
 trario bajo el imperio de un justísimo y potentísimo Go-
 bernador. Son célebres sobre este punto los testimonios
 de Ovidio, de Claudiano, y aun de muchos hombres san-
 tos y sabios, á quienes la felicidad de los perversos sir-
 vió de tentacion para dudar de la providencia de Dios.
 Los libertinos los hacen valer en su apoyo; y el príncipe
 de los Escépticos, Pedro Bayle¹, entra á perorar esta
 causa, amontonando todas las impiedades y blasfemias
 vomitadas por los hombres disgustados de la Providen-
 cia, porque no se acomodaba en este particular á sus
 caprichos. Pretende que la razon humana no puede sos-
 tener la conducta de la providencia de Dios sino retirán-

¹ *Diéc. crit., art. Rusin.*

dose como á una trinchera impenetrable á lo interior del abismo de sus infinitas perfecciones, de donde nada puede salir que no sea recto; ó escudándose con la autoridad de su palabra infalible. Si este expediente nos viniese de otra pluma, podria pasar por bueno; pero en Bayle, para los que le conocen, todo es sospechoso, pues es sabido que cuantas veces pone en contraste la razon y la autoridad, ó se burla de esta, ó hace triunfar al Pironismo. Es indudable que la idea de un Dios infinitamente perfecto basta para justificar todas sus obras y procederés, aunque nosotros no alcancemos las razones de ellas; y que esto, si se atiende á lo anteriormente dicho, es bastante tambien para hacer callar á los Deistas. Pero fuera de eso la autoridad, ó sea la revelacion, nos suministra y manifiesta muchas razones que justifican particularmente las obras de Dios en el gobierno de los hombres, y nos las demuestran llenas de verdad y de misericordia. La razon tambien puede y debe tener su lugar en esta causa, haciendo entender cuán infundada y temerariamente se produce por los Deistas esta objecion contra la divina Providencia. ¿Por ventura tienen ellos, ó ha tenido algun hombre en el mundo, la balanza exacta para pesar el verdadero estado de los hombres, el número y gravedad de sus méritos ó deméritos en la presencia de Dios? Sea aquel enhorabuena criminal. ¿Mas quién podrá ciertamente asegurar que entre tantos vicios no haya hecho en algun tiempo alguna buena obra que Dios remunera con premio temporal; y que aquel hombre de bien no haya cometido pecados que Dios castiga justamente? ¿Y quién tiene en la mano un *critério* para discernir y conocer si, atendidas todas las circunstancias, las consecuencias y las relaciones, son verdaderamente desgracias las que el mundo tiene por tales y sobrevienen á los buenos, y realmente dichas y felicidades en las que se ve nadando á los malos? Aun mas. ¿Cuál es el hombre tan recto que pueda quejarse justamente de haber recibido de Dios menos bienes de los que merece, y haber sido castigado mas de lo justo? Y si Dios quiere usar tambien con los malos de clemencia, por fines rectísimos que él conoce y nosotros podemos ignorar, ¿quién podrá culparle? Pero en fin, supon-

gamos que los buenos se vean realmente afligidos á pesar de la rectitud de sus acciones, y los malos en prosperidad; olvidemos aquellas escenas que la divina justicia, aunque lenta, ha hecho parecer en todos tiempos sobre la tierra; ¿qué puede inferirse de aquí? Lo que dicta la razon es, que teniendo el hombre una alma espiritual, y por consiguiente inmortal, libre está de los lazos del cuerpo por la muerte, habrá un estado en que viva para siempre y reciba de Dios, justo juez, á medida de sus méritos ó deméritos, aquellos premios ó castigos que no ha recibido en la tierra.

VII. *Del discurso de los incrédulos en orden al origen del mal se infiere con evidencia que un trastorno de la razon es la fuente de su impiedad.*

En efecto, esto es lo que la razon dicta, y en todos tiempos ha dictado á los sabios; este el modo con que han discurrido siempre; y esto lo que en mi dictámen demuestra contra Bayle, que el argumento tomado de las vicisitudes del universo, no es una arma insuperable á cuyo aspecto deba enmudecer todo el mundo. Cótense pues estas justísimas reflexiones y demás doctrinas de la Religion en orden á esta materia con los sistemas de los incrédulos y libertinos. Ellos por los males y vicisitudes que hay y se ven en el mundo (de los cuales hemos dado tales razones, que nunca padecerán excepcion alguna), infieren como un sistema el mas necesario y á propósito para explicarlas, ó que no hay Dios, ó que hay dos Principios, uno bueno y otro malo, y los dos supremos; ó últimamente, que Dios no se mezcla en las cosas humanas. Hipótesis todas que incluyen una contradiccion manifiesta. La primera, además de repugnar en los términos, se opone al principio de que se deduce; porque si hay mal en el mundo, hay bien en él. Y si hay bien, hay Dios. Luego si hay mal, hay Dios. La segunda se destruye por sí misma; porque un *Sumo mal* es un sumo nada, á que no se puede atribuir la causa física de cosa alguna. Y si este Principio se concibe como un ser malvado, por necesidad dependerá del *sumo Bien*, á cuya per-

mision deberá siempre recurrirse para la explicacion de los fenómenos. La tercera hipótesis no implica menos en los términos; porque sustraer el mundo de la divina Providencia, es lo mismo que quitar á Dios el carácter de primer Principio, y por consiguiente el Ser divino. En el sistema de la Religion cuando mas se encuentran algunas dificultades que el entendimiento no puede del todo disipar; pero no se halla contradiccion alguna, y las mismas dificultades están bastante allanadas, así por las razones *a priori* que invenciblemente demuestran la verdad del sistema, como por la reflexion sobre la naturaleza de las cosas que dependen de un Dios infinito, y deben por necesidad superar los cortísimos alcances de un entendimiento finito y limitado. Siendo pues ciertísimo todo esto, el abandonar el sistema de la Religion por abrazar alguna de las hipótesis mencionadas, repugna abiertamente á la luz de la razon y al sentido comun. Luego en los incrédulos en quienes se ve semejante modo de pensar, se da á conocer no agudeza de ingenio ni sublimidad de pensamientos, sino un *delirio de la razon*, verdadero manantial de su impiedad.

CAPÍTULO V.

Examínanse las objeciones de los Naturalistas, y en especial de Juan Jacobo Rousseau, contra la Revelacion.

1. *Los Naturalistas son perpetuos encomiadores de la razon, y enemigos de la Revelacion. Acostumbrado artificial suyo para hacer esta dudosa.*

Hemos señalado hasta aquí en los Ateos y Deistas como carácter peculiar de su espíritu, ó diré mejor, como manantial de sus delirios, un funestísimo *trastorno de la razon*: ¿podremos decir y mostrar lo mismo de estos, y de los Naturalistas, que forman la mayor parte

de los incrédulos que hoy cubre la tierra? Si atendemos únicamente á la corteza de sus discursos, no oiremos en verdad otra cosa que razon y sabiduría. Las teorías mas sublimes acerca de la Divinidad y del alma humana; la moral mas pura para arreglar las costumbres, estos son al parecer los tesoros que su entendimiento hace rebosar por sus labios; los dogmas que enseña su religion: todo en ella va fundado sobre razon. Esta diosa ¹ es el único oráculo, suficiente é infalible á quien escuchan y les guia. Cuanto no dimana de esta *docta Minerva*, así la llaman, es hazañería y supersticion. Idólatras de sus propias luces, como si estas hubieran de extinguirse subordinándolas á los resplandores soberanos de quien todo lo conoce y puede, el nombre solo de Revelacion y Misterios los altera y conmueve; algunos abiertamente la niegan; otros fraudulentamente los mofan y escarnecen. En su dictámen este modo de obrar es el mas conveniente y conforme á razon; nosotros vamos á probar que solo un trastorno de ella puede dictarlo. Oigámoslos.

¿Qué es lo que ha inundado la tierra de errores, dicen orgullosos, sino el hombre de Revelacion? A su sombra se han persuadido á naciones enteras las prácticas mas nefandas, y las supersticiones mas vergonzosas. Toda religion *ostenta ambiciosamente sus oráculos* ². Los Judíos, los Cristianos y los Mahometanos pretenden

¹ Diosa la llamaba el autor, ¿quién habría dicho que en efecto se la habia de dar culto públicamente como á tal, escogiendo para emblema suyo una lúbrica mujer? ¿qué altares! ¿qué sacrificios los suyos! El Señor, viendo desvanecidos á los filósofos en sus pensamientos, los entregó á las pasiones de ignominia. Quiso darnos á entender lo que vale, el hombre por sí solo, cuando abandona la guia de la Religion. Véase el t. I de la *Bibl.*, pág. 188.

² Así la *tésis* de M. Prades: véase el mandamiento del Arzobispo de Paris, y la *Instruccion pastoral* de M. de Auxerre. * Se ha hecho tan famosa esta desventurada *tésis*, que no desagradará á nuestros lectores una sucinta idea de ella y de su autor. Juan Martiñ de Prades del Obispado de Montauban, y Bachiller de la Sorbona, instigado por Diderot, quiso adquirir la reputacion que no habia logrado durante el curso de sus estudios, con este ensayo de filosofia irreligiosa, que escandalizó al mundo católico el 1751. La esencia del alma, las nociones del bien y del mal, el origen de las sociedades, la ley natural y la Religion revelada, las pruebas